

# MUERTE EN BERLÍN

SIMON SCARROW

# MUERTE EN BERLÍN

Un caso del inspector Schenke



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Death in Berlin*

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: septiembre de 2025

© Simon Scarrow, 2025

© de la traducción: Ana Herrera, 2025

© de los mapas: Tim Peters

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputació, 262, 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6465-1

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S.A.

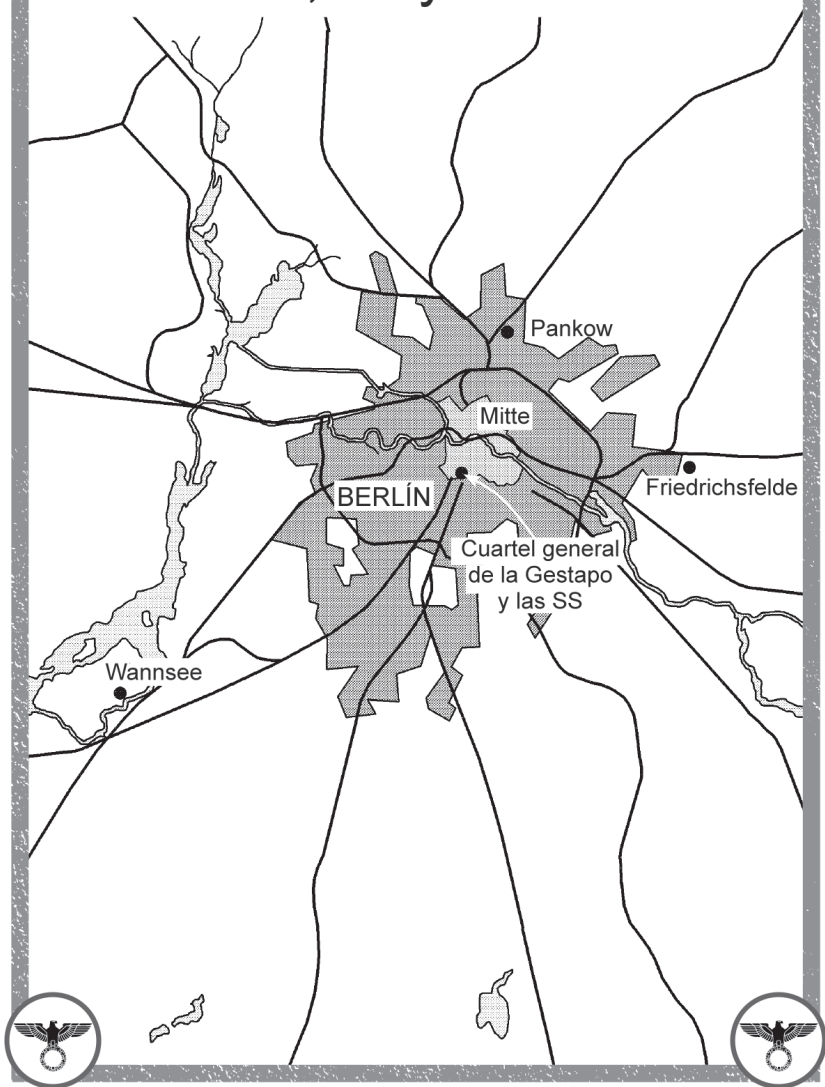
Depósito legal: B 13921-2025

Impreso en España

Para Luigi Bonomi,  
«Hacerle una oferta irrenunciable...».

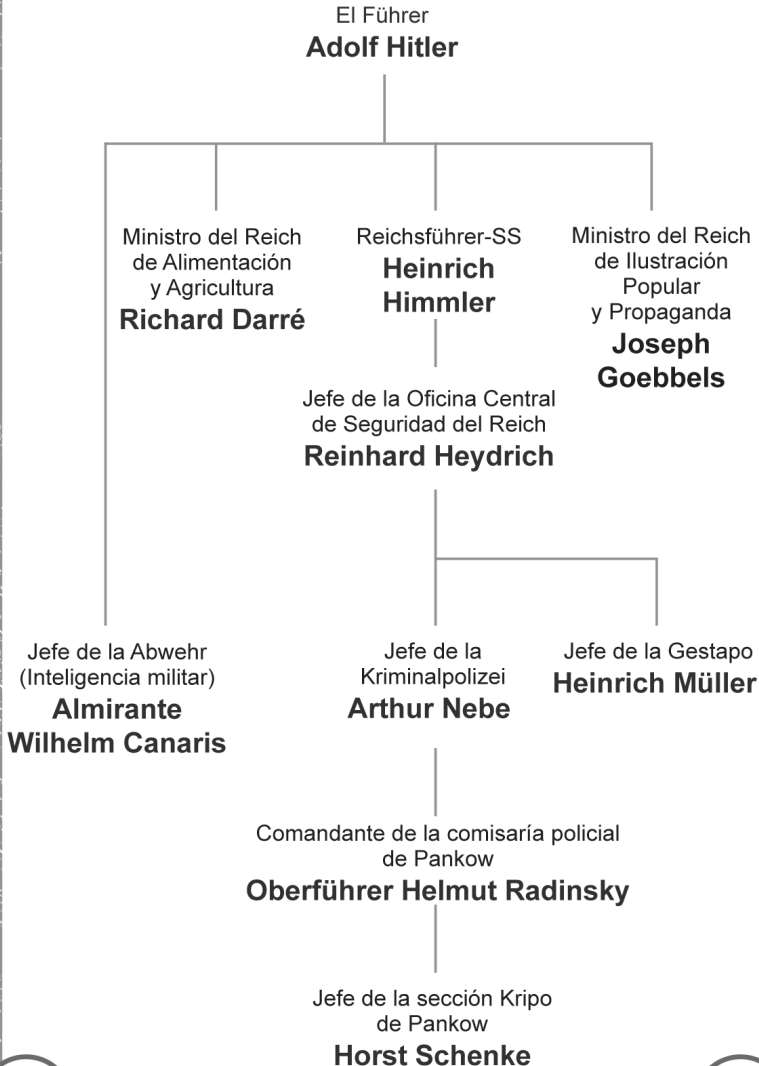


# Berlín, mayo de 1940





# LA CADENA DE MANDO



## Nota del autor

Escribir sobre la vida en Alemania durante el Tercer Reich inevitablemente pone al autor cara a cara con algunos de los aspectos más oscuros de la naturaleza humana. Resulta imposible escribir con sinceridad sobre esa época sin referirse a algunas de las actitudes y terminología usadas por los que estaban dentro del régimen. Espero haber manejado este aspecto de la novela con delicadeza.

## Capítulo uno

*Berlín, 4 de mayo de 1940*

Otto Bachmann dio un sorbo a su vaso de cerveza mientras observaba al público que estaba sentado ante él. La luz de los focos los reducía a sombras oscuras hasta tal punto que apenas podía distinguir a hombres de mujeres, y aun así algunos de ellos probablemente eran travestidos. Así que, ¿quién habría podido diferenciarlos? Antes de que los nazis tomaran el poder, aquellos hábitos fueron algo corriente. Los clubes y cabarés de la capital alemana solían estar frecuentados por aquellos a los que les gustaba experimentar con su vestuario y su identidad. Pero, tras siete años de gobierno de hierro por parte del Führer y su régimen, quedaban ya pocos lugares donde aquello fuera posible.

El club As de Corazones era uno de los pocos donde sus clientes aún podían vestir y mezclarse libremente. Entre ellos había hombres con traje y uniformes del Partido Nazi, acompañados de las amantes y novias que llevaban con ellos para disfrutar de los espectáculos y refrigerios que se les negaban al resto de los habitantes de Berlín. Era como si existiesen dos mundos: la realidad seria, árida y, por supuesto, patriótica de la vida pública; en contraposición, el mundo secreto e interior al cual se había retirado la mayoría de la

gente en silencio, y desde el cual contemplaban el pomposo espectáculo del Tercer Reich en la distancia. El As de Corazones ocupaba un espacio intermedio entre ambos. Aquellos que entraban en el club comprendían y aceptaban que lo que lo que ocurría entre sus paredes se quedase allí. Las normas impuestas en el exterior se quedaban en la puerta. Dentro, la gente podía expresarse libremente. Hasta cierto punto, al menos.

Y eso lo entendía muy bien el propietario del club, Max Remer, que había trabado amistad con miembros influyentes del partido muchos años antes de que hubiesen llegado al poder. Por aquel entonces se mezclaba con políticos de todo tipo. Después de 1933, cortó implacablemente todo vínculo con aquellos declarados *persona non grata* por los nazis, antes incluso de que éstos empezaran a eliminar a sus rivales y prohibieran la oposición política. Cultivó sus conexiones con el régimen, y su club permaneció a salvo de las atenciones de la policía y los paramilitares. Fue lo bastante astuto para unirse al partido justo antes de que nombraran a su líder canciller de Alemania, y así escapó del desprecio reservado para los oportunistas que corrieron a unirse a los nazis en cuanto se hicieron con el poder.

Bachmann veía al propietario del club sentado en un reservado especial, a un lado del modesto escenario, y observó el irritado gesto de la muñeca de Remer al indicarle que debía proseguir con su número. Mientras se aclaraba la garganta, hizo un guiño al público y se dispuso a pronunciar las palabras finales. Había ido enumerando una serie de chistes sobre judíos, los blandos e indulgentes franceses y los insípidos y afeminados británicos, expresando el apetito del público por ese tipo de bromas fáciles. Ahora tenía que ofrecerles algo más atrevido de lo que estaban dispuestos a aceptar en el mundo fuera del club. Algo que los hiciera reír

de manera espontánea, antes de emitir un respingo de sorpresa y volver a reír por su propia timidez en un entorno tan seguro como aquél.

—¿Saben? A veces me pregunto por algunos grandes hombres de estado que dirigen a nuestra gloriosa raza de superhombres a la victoria sobre nuestros enemigos...

—¡A la victoria! —chapurreó una voz, mientras un joven oficial levantaba en el aire una botella de champán medio vacía y arrojaba parte de su contenido a chorro sobre su compañera, que fruncía el ceño primero y luego cambiaba su expresión a una de puro deleite, antes de que él notara su disgusto—. ¡Alemania por encima de todos!

—¡Sí, señor! —sonrió Bachmann—. Con héroes como el gordo Hermann y el diminuto Joseph dirigiendo el camino, ¿cómo vamos a perder?

Hubo risas entre la multitud. Bachmann había escogido sabiamente sus blancos. Un comediante al que conocía había tenido la desfachatez de meterse con Himmler, un año antes, y poco después desapareció. Por completo. Los ojos y los oídos de los agentes de Himmler estaban por todas partes, y aunque podían tolerar bromas a expensas de otros, burlarse del Reichsführer SS y del Führer era suicida.

—Hablando de Joseph... —continuó Bachmann—, ¿se han preguntado alguna vez cómo es posible que un alfeñique como él haya llegado tan lejos? —Frunció los labios—. Es una buena pregunta, y se la ha hecho mucha gente. Suelen cuestionarse cómo es posible que el pequeñajo y cojo Joseph sea uno de los que dirijan el camino de la raza superior. Bueno, pues les contaré un secreto, amigos míos. Nuestro Joseph no ha sido siempre un canijo. En los viejos tiempos, cuando lo enviaron a Berlín a dirigir los esfuerzos nazis, era un hombre alto y apuesto. ¿Qué? ¿No me creen? Les aseguro que es verdad. Yo estaba allí. Lo vi con mis propios ojos. Era una cabe-

za más alto que nuestro amado Führer, y la envidia de casi todos los hombres. –Hizo una seña afirmativa y bebió otro trago de cerveza–. Pero nuestro Joseph tenía un problema... Un problema pequeño, muy pequeño. –Sonrió malicioso mientras levantaba la mano y movía el dedo meñique.

Se oyeron unas risitas procedentes del público y algunos comentarios procaces.

–Parece que cada vez que la sacaba las mujeres se reían de él. Si llegaban hasta la cama, ellas nunca sabían si estaba dentro de ellas o no.

Una mirada rápida reveló la mueca cruel de Remer y Bachmann se sintió aliviado. Junto al propietario del club estaba sentada su actual amante, una rubia alta que se hacía llamar Kitty, en lugar del nombre más prosaico que le habían puesto en el bautizo. Ella tomó la expresión de Remer como indicación y rio como es debido cuando Bachmann siguió hablando.

–Bueno, un hombre orgulloso aguanta, pero no tanto, así que Joseph, como el buen chico católico que era en aquellos tiempos, se puso de rodillas una noche y empezó a rezar. –Bachmann dejó el vaso, juntó las manos y miró hacia el techo–. «Señor Dios todopoderoso», dijo. «Señor, he sido un buen hombre. Un hombre justo. Un servidor leal del partido y de nuestro líder consagrado divinamente. ¿Por qué me has castigado con una polla del tamaño de un cacahuete? Te ruego, te suplico que me recompenses por mis años de sacrificio». Y en ese momento una voz resonante llenó el dormitorio de Joseph: «¿Qué me estás pidiendo entonces? Habla y lo que pidas se te concederá». Y Joseph respondió al momento: «¡Quiero la polla más grande que ha existido jamás! ¡Quiero una polla tan grande que me llegue hasta el suelo!». «Muy bien», dijo Dios. «Vete a dormir, hijo mío. Mañana por la mañana te despertarás y será así. Bendito seas».

»Así que Joseph se metió bajo las mantas, cerró bien los ojos y se puso a contar ovejitas hasta que se durmió». —Bachmann se mordió el labio un momento—. Y bueno, cuando despertó, saltó de la cama sólo para descubrir que... ¡sus piernas medían un metro menos!

Muchos entre el público rieron a carcajadas, aunque un puñado de los más ebrios o los que tenían menos luces miraron a su alrededor, confundidos. Bachmann vio que Remer se reía y suspiró aliviado. Mientras el dueño del club se divertiera, estaba a salvo. Sonrió ampliamente al público y por fin, cuando las risas empezaron a disminuir, levantó las manos.

—¡Gracias, señoras y caballeros! ¡Eso es todo por mi parte esta noche!

Se oyeron silbidos y aplausos mientras Bachmann levantaba su vaso y bajaba del escenario. Remer, aún sonriendo, le hizo un gesto para que se acercara y señaló el asiento de enfrente tapizado de cuero rojo. Bachmann sintió que se le aceleraba el pulso por la ansiedad. Había esperado retirarse rápidamente hacia la barra, compartir algunas risas con los clientes y tomar algunas bebidas gratis antes de marcharse. Por el contrario, tendría que sentarse con el jefe y recorrer cautelosamente la fina línea que Remer eligiera para atormentarlo, como ya había hecho muchas veces antes.

El protagonista del siguiente número, un hombre delgado vestido con frac y cargado con un gran acordeón, se acomodó en el taburete que Bachmann acababa de desocupar. Probó algunas teclas mientras Bachmann se dejaba caer en el asiento y asentía a modo de saludo.

—Te has terminado casi toda la cerveza. —Remer señaló el vaso con un dedo en el que brillaba un anillo con piedras preciosas—. Debes de tener sed. ¿Qué vas a tomar?

—Estoy bien, jefe.

Remer miró a su alrededor y llamó a un camarero, que se apresuró a acudir.

—Una botella de Dom Pérignon. Asegúrate de que esté bien fría.

El camarero inclinó la cabeza y desapareció en la penumbra. Bachmann hizo un esfuerzo para sonreír.

—Gracias. Siempre se me queda la garganta un poco seca después de una actuación.

—Me lo imagino. Yo sentiría lo mismo si acabara de hacer una broma sobre el Reichsminister de Propaganda. Nunca se sabe quién puede estar escuchando. —Remer lo miró y sus ojos oscuros relucieron como el ébano pulido, sin parpadear durante largos segundos, y por fin sus labios se separaron con una ligerísima sonrisa—. Tranquilo, Otto. Estás a salvo..., a menos que yo decida que no lo estás.

Bachmann intentó ocultar el temblor de su voz, se rio brevemente y meneó la cabeza.

—Me ha pillado ahí, jefe.

Kitty intercambió una mirada rápida con él y dio unos golpecitos juguetones a Remer en la manga.

—¡Bromista!

Remer separó un poco los labios y reveló así unos dientes grandes y regulares, como las teclas blancas de un piano.

—Como te decía, Otto, ese chiste es demasiado. Yo tendría mucho cuidado de volver a contarlo.

Bachmann señaló a los clientes en las otras mesas.

—Pues parece que lo han acogido bastante bien, jefe. A la gente le ha encantado.

—Sí, así ha sido. Pero, verás, Otto, ése es el tipo de chistes que le gustaba antes a la gente. Pero ahora Alemania está en guerra. Y eso significa que nuestros líderes políticos van a sentirse muy susceptibles a cualquier crítica, por inocente que parezca. —De repente se inclinó y cogió una de

las manos de Bachmann para cerrar sus potentes dedos con fuerza—. No me gustaría que uno de mis clientes fuera lo bastante indiscreto como para repetir tu chiste fuera del club. Ya sabes cómo son las cosas. La gente empieza a hablar. Alguien de alto rango..., alguien que no comparte nuestro sentido del humor comienza a preguntar quién es el responsable del chiste. Y, antes de que te des cuenta, los chicos de los abrigo de cuero negro echan abajo tu puerta y te hacen desaparecer. Peor aún, podrían empezar a mirar con lupa mi club, mi negocio, y eso no sería bueno. ¿Entiendes?

Bachmann asintió.

—Claro, jefe. —Hizo una mueca cuando Remer le apretó más la mano.

—Le estás haciendo daño —dijo Kitty—. Max..., le estás haciendo daño. Para.

Remer lanzó una mirada acerada a la mujer, pero al fin soltó la mano de Bachmann para buscar una pitillera plateada en el interior de su americana de terciopelo negro. Tras coger un cigarrillo, le ofreció otro a Kitty antes de cerrar el pequeño estuche. A continuación, tomó una de las cerillas del cuenco que había en la mesa y lo rasgó para crear una llamarada de un rojo chillón que iluminó sus rasgos saturninos. Inhaló una primera vez, luego hizo una pausa antes de exhalar volutas de humo en la cara de Bachmann

El comediante reprimió la tos e intentó adoptar un aire sereno. El sudor producido por el resplandor del foco, y que casi se le había secado, brotó de nuevo en su frente. Era un hombre grueso de cara redonda e infantil que despertaba en las mujeres el instinto maternal, algo que solía usar para seducirlas. Pero, a pesar de su robustez, había menos músculo que grasa en su constitución. A diferencia del esbelto propietario del club que tenía enfrente.

Bachmann había visto a dos borrachos acercarse a Remer y a Kitty ante la puerta del club, en Año Nuevo. Remer los tumbó a los dos y luego los pateó hasta dejarlos inconscientes, y luego se arregló la corbata y el abrigo, pasó el brazo por encima de los hombros de Kitty y entraron pausadamente en el club, como si no hubiera pasado nada. Los borrachos tuvieron suerte. Algún hombre había muerto por menos, según se contaba en las calles de Berlín. Bachmann se había enterado de los detalles por alguien que sabía dónde fueron enterrados los cuerpos. O al menos alguno de ellos.

Remer señaló con la punta ardiente de su cigarrillo en dirección a Bachmann.

—Esta noche has actuado bien, Otto. Los clientes se han reído. Eso me complace. Pero trabaja tu material. Deja en paz a los poderosos y ve a por los blancos obvios: franceses, británicos, comunistas, judíos... Ese tipo de cosas. Mis clientes vienen aquí buscando diversión barata y bebidas caras. No quieren que los provoquen con ideas aviesas sobre los líderes de Alemania. Ya es demasiado tarde para eso. Los días de Weimar pasaron hace mucho. Es el amanecer de una nueva era y todo eso que suele decirse. Los que no se adaptan acabarán extinguiéndose. ¿Está claro?

—Meridianamente claro, jefe.

Remer soltó una risita.

—Muy bien. Puedes irte.

Bachmann dudó.

—¿No hay champán?

—No tientes tu suerte, Otto. Vete por la puerta lateral, por si uno de los admiradores de Joseph decide ofenderse por tu bromita.

Bachmann se levantó y sonaron justo entonces los primeros acordes de una canción de taberna interpretada al

acordeón. Se oyeron vítores entre la multitud, y todos empezaron a cantar las estrofas iniciales del primer verso. Se quedó a un lado de la sala antes de dirigirse a la puerta de atrás. Cuando al fin decidió salir, la cerró tras él con un suspiro de alivio.

\* \* \*

En el reservado, Kitty se quedó callada un momento y Remer le dijo en voz baja:

—Desapruebas cómo lo he tratado.

—Yo no he dicho nada.

—No tienes que decir nada. Tu silencio era atronador. Ella se volvió hacia él.

—De acuerdo, pues. Lo desapruebo. Otto atrae a mucha gente. No deberías correr el riesgo de perderlo.

Remer emitió una risita seca.

—No creo que eso vaya a pasar. ¿Adónde podría ir? No hay muchos más clubes que toleren su estilo de humor. No, se quedará aquí, y se sentirá muy agradecido por ello. Por eso hará lo que le he dicho.

—Uno más que tienes bajo tus botas, ¿eh? —observó ella, haciendo caer la ceniza de su cigarrillo.

El camarero llegó con el champán, descorchado y metido en un cubo con hielo, junto con tres copas esbeltas.

—El otro caballero no volverá a esta mesa —dijo Remer—. Llévese la copa que sobra.

El camarero asintió y llenó las copas, y luego se fue hacia el bar. Kitty levantó su copa y bebió un sorbo.

—Lo necesitaba.

—Disfrútalo mientras puedas. Sólo quedan unas pocas docenas de botellas en la bodega del club. Nos quedaremos sin suministro hasta que Francia sea derrotada.

Kitty arqueó una ceja.

—¿Y es probable eso? Yo pensaba que el Führer estaba presionando para firmar la paz.

—Quizá no...

—¿Te has enterado de algo por tus amigos del partido?

—Bastante. Digamos que las cosas se van a poner interesantes, y, si sale bien, el Führer y sus chicos van a seguir por aquí mucho tiempo. Mucho, mucho tiempo. Así que tenemos que estar en buenas relaciones con ellos, querida. Son como cualquier otra banda criminal: ellos no siguen las normas, así que tú procuras mantenerlos contentos.

Ella asintió y luego bajó la mirada hacia su copa, casi vacía.

—¿Les tienes miedo?

—Sí, como cualquier hombre en su sano juicio. Pero ahora mismo tengo preocupaciones más importantes. Tengo que ocuparme de otros.

Hubo movimiento al fondo del club, junto a la entrada principal. Cuatro hombres acababan de entrar, tres de los cuales llevaban abrigo y sombrero. El cuarto iba sujeto entre dos de sus compañeros, vestido con traje y una gorra que le tapaba los ojos. Uno de los otros indicó la dirección del despacho de Remer y condujo a sus compañeros escaleras arriba, junto al mostrador donde la chica del guardarropa estaba sentada en un taburete, con aire aburrido.

Remer dejó su copa y apoyó su cigarrillo en el borde del cenicero.

—Tengo que ocuparme de unos invitados, Kitty. Disfruta del champán.

Salió del reservado, se metió las manos en los bolsillos de la americana y dio la vuelta en torno a las mesas dirigiéndose hacia la escalera. Kitty lo vio partir, se arrellanó en su asiento y se dispuso a escuchar al músico del acordeón, aun-

que su mente estaba llena de oscuros pensamientos sobre el futuro.

\* \* \*

Remer cerró la puerta de su despacho, silenciando así el escándalo de los borrachos que cantaban en el club. La habitación estaba enmoquetada y tenía la parte inferior de la pared forrada con paneles de roble. Colgaban de las paredes unos carteles y fotos enmarcados de las estrellas que habían acudido al As de Corazones desde que se hizo cargo del club, quince años antes. Un escritorio grande, con el tablero forrado de cuero, se encontraba situado en ángulo en una esquina, junto a la ventana que daba al interior del club. Detrás se veía una caja fuerte y algunos archivadores cerrados. Los que habían subido antes estaban ahora de pie en la otra esquina. Pero el hombre desaliñado se encontraba en una silla de madera, mientras sus compañeros lo sujetaban.

—Bueno, pues dime, Wohler, ¿dónde has encontrado a nuestro amigo? —preguntó Remer.

El hombre de anchos hombros se quitó el sombrero antes de responder.

—Estaba en el Augsburgerkeller. Estuvimos esperando hasta que salió.

—¿Seguro que no os han visto cogerlo?

—Del todo, jefe. Esperamos hasta que se metió en un callejón cercano. Estaba oscuro y no había nadie por allí. Lo metimos directamente en la caja del camión.

—Bien hecho. —Remer se volvió hacia el hombre sentado en la silla. Era joven, de veintipocos años, con el pelo rubio afeitado por los lados, aunque formaba una onda por arriba, como era moda entonces. A Remer le recordó a sí mismo, en sus tiempos. Atractivo y ambicioso. Pero aquel

hombre había sido tan idiota como para pensar que podía engañar a su jefe y salirse con la suya. Remer fue leal a su anterior jefe criminal hasta el día en que lo cosieron a tiros los de una banda rival, al salir del club. Desde entonces había exigido lealtad absoluta a sus seguidores, igual que él la había otorgado antes de hacerse cargo de la banda.

—Wilhelm Feldwitz —empezó, con tono cansado—. Estoy muy decepcionado contigo. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

—Escucha, Max, no es lo que parece...

—Cinco años —continuó Remer, acallando al otro—. Cinco años... Eras un golfillo de la calle por aquel entonces. Vivías de robar carteras hasta que te acogí. Vi el potencial que tenías, por eso te puse al cargo del club. No he hecho más que ascenderte desde entonces. Y vaya si te ha ido bien: tienes apartamento propio, buenas ropas y suficiente dinero. Y además la suerte te ha otorgado una bonita cara.

Wohler lanzó un bufido seco, burlón.

—Y todo eso, Wilhelm, me lo debes a mí.

—Siempre te lo he agradecido...

—Como debe ser. —Remer levantó la mano y frunció el ceño al recordar que había dejado el cigarrillo apoyado en el cenicero del reservado. Miró hacia abajo por la ventana y vio que Kitty seguía allí, mirando fijamente a media distancia. Sacó otro cigarrillo de la pitillera y lo prendió con el pesado encendedor de latón que tenía encima del escritorio—. No me gusta la gente que paga mi amabilidad con deslealtad, Wilhelm. No porque me tome esas cosas personalmente, sino porque es malo para el negocio. Hace que parezca débil. Hace que parezca un hombre que no tiene control sobre aquellos que trabajan para él. Ese tipo de cosas pueden ser peligrosas para lo que hacemos. Así que dime, ¿cuánto tiempo llevas vendiendo mis cupones de racionamiento a Paul Guttman?

El joven fingió que fruncía el ceño extrañado.

—No sé de qué estás hablando...

—Claro que lo sabes —sonrió Remer—. Pero quizá necesitas un pequeño incentivo para refrescarte la memoria...

En cuanto asintió, Wohler le dio una fuerte bofetada al joven. Feldwitz parpadeó y giró la cabeza, mientras un hilo de sangre empezó a escurrirse por su barbilla hasta caer entre sus pies.

—No tan fuerte, Wohler. No quiero estropear la alfombra. La próxima vez machácale las costillas y el estómago.

—Lo siento, jefe.

—Bueno, Wilhelm, te lo pregunto de nuevo. ¿Cuánto tiempo?

—Te juro que no sé...

En esta ocasión, Wohler le golpeó el vientre con el puño. El joven se dobló hacia delante y soltó un jadeo explosivo, pero acto seguido sus guardias lo enderezaron de nuevo.

Remer dio una lenta chupada a su cigarrillo.

—No insultes mi inteligencia. Sé exactamente cuántos cupones se han impreso y a quiénes se los hemos vendido. Eras tú quien debía entregárselos a nuestros clientes. Nadie más. Así que dime, ¿cómo crees que consiguió nuestro producto el *Gordo Paul*?

El joven no hizo intento alguno de responder, lo que provocó que Remer chasqueara la lengua.

—¿Sabes? Podrías haberte librado si Guttman no hubiese empezado a vender cupones a nuestros clientes. Y, claro, tarde o temprano me tenía que llegar la noticia. ¿Cuál era el plan, Wilhelm? ¿Amasar una pequeña fortuna y luego escabullirte a Hamburgo o algún otro lugar para empezar de nuevo? ¿Pensabas que no sería capaz de encontrarte? Qué tonto eres...

Volvió a dar otra chupada al cigarrillo, lo que hizo que la punta se encendiera con un rojo brillante.

—Sujetadle la cabeza.

Wohler le rodeó el cuello con el brazo y agarró el cabello rubio con el puño. Los otros guardias le sujetaron los brazos, de modo que el prisionero apenas podía moverse, aunque se debatía con todas sus fuerzas.

—Estás fuera de la organización, Wilhelm —dijo Remer—. Vuelve a la alcantarilla donde te encontré. Pero te daré un regalito de despedida, algo para que te acuerdes de mí. Algo que los demás verán. Así sabrán que me has traicionado.

—Por favor, Max..., ¡no lo hagas! —consiguió decir Feldwitz con los dientes apretados.

El labio de Remer se levantó en una mueca de desdén al acercar la punta del cigarrillo a la cara del joven. Feldwitz cerró ambos ojos. Con la mano libre, Remer separó a la fuerza los párpados del ojo izquierdo y los echó hacia atrás, dejando expuesto el globo ocular y el iris. Metió allí el cigarrillo con un suave susurro y una voluta de humo acre. Su víctima dejó escapar un gemido agudo, con todos los músculos de su cuerpo tensos.

Remer apagó la colilla del cigarrillo en la mejilla de Feldwitz.

—Y ahora llevaos este pedazo de mierda de mi despacho antes de que se mee en la alfombra. Dadle la paliza que se merece y sacadlo del club por la parte trasera. Si intenta asomar la cara otra vez por aquí, procurad que desaparezca del todo.

\* \* \*

Kitty levantó la vista cuando Remer volvió al reservado. Se fijó en su expresión agria.

—¿Problemas?

—Ya no. He solucionado el asunto.

—¿Qué asunto?

—No es de tu incumbencia, Kitty. Si lo fuera, te lo contaría. —Su voz tenía un tono afilado—. Ya te lo tengo dicho: no hagas preguntas sobre mis negocios.

—¿Crees que no sé lo que haces? ¿Quién eres? He visto lo que pasa aquí. No soy ninguna tonta. Sé usar los ojos.

—Claro que sí. Ése es uno de los motivos por los que me siento atraído por ti. —Remer cogió de nuevo su copa de champán y bebió un sorbo, y luego la volvió a dejar con desagrado. Ya no estaba fresco—. Kitty, me gustas. De verdad. Pero tienes que entender una cosa: saber demasiado puede ser peligroso. Veas lo que veas, guárdatelo para ti. Y lo mismo digo con lo que crees que sabes de mí y de mis negocios. Por el bien de esos ojos tuyos.

Ella lo miró y luego, tras un escalofrío, apartó la vista.

\* \* \*

Se quedaron en el club una hora más, hasta que el acordeonista fue sustituido por una bailarina exótica. Sujetaba unas largas plumas falsas, con las cuales se acariciaba el cuerpo e iba revelando cada vez más partes de sí misma con una mirada cómplice a su público borracho y lujurioso. Remer y Kitty apenas intercambiaron más palabras, y bebieron muy poco de la nueva botella de champán que él había pedido. Justo después de medianoche, él se desperezó.

—Ya he tenido bastante. Vámonos al piso.

Hizo una seña al camarero y, tras pedirle que trajesen su coche hasta la puerta del club, le tendió la mano a Kitty para ayudarla a salir del reservado. Recogieron sus abrigos y sombreros del cubículo del guardarropa, bajo las escale-

ras. Ella se quedó esperando un momento mientras él subía a su despacho, y volvió con un maletín de cuero reluciente que contenía las ganancias del club del mes anterior. Un hombre que estaba en la entrada abrió una de las hojas de la puerta doble que daba a la acera, y ambos salieron a la noche.

La calle, no lejos del centro de la capital, estaba sujeta a las condiciones estrictas del oscurecimiento que había ennegrecido todas las ciudades y pueblos de Alemania. Las ventanas estaban tapadas por telas gruesas, las luces de la calle apagadas, los faros de los coches enmascarados, dejando apenas una rendija para el paso de un mínimo haz de luz. Hasta los faros de las bicicletas iban ocultos de forma similar. La única concesión a la seguridad de conductores y peatones eran las ocasionales tiras de pintura luminosa para diferenciar la calzada de la acera. Aun así, el número de muertes accidentales por atropello había subido como la espuma desde la imposición del oscurecimiento. Igual que los atracos, violaciones, crímenes, prostitución y oscuros trapicheos del mercado negro. La guerra había hecho que florecieran todo tipo de delitos, y Remer estaba encantado con los conflictos.

Se puso de pie y rodeó a Kitty con un brazo, sujetándola, protector. El aire nocturno era fresco pero no frío, y sin embargo notó que ella temblaba.

—El coche llegará dentro de un momento —murmuró.

En efecto, apareció pronto el rugir motorizado del Daimler Doble Seis, estilizado y negro, de cuatro puertas, amplio estribo y alerones elegantemente curvados por encima del arco de las ruedas. El partido había ordenado que todos los coches de civiles fueran entregados para uso militar, pero aun así todavía quedaban muchos en las calles de Berlín. A Remer se le permitió que conservara su coche para

poder llevar a cabo «contribuciones vitales a los esfuerzos de guerra como miembro del partido». El permiso lo había aprobado un oficial de alto rango en el Ministerio de Propaganda, receptor frecuente de una parte de las ganancias y artículos procedentes de las actividades de Remer en el mercado negro. Además, le habían cedido a un soldado nazi como conductor. El uniforme marrón era muy útil a la hora de disuadir a la policía uniformada de que hiciera preguntas.

El vehículo se detuvo a la puerta del club con el ruido chasqueante del freno de mano. El conductor salió y dio la vuelta para abrir la portezuela de atrás. Remer ayudó a Kitty a entrar y examinó los rasgos desconocidos del conductor, apenas visibles a la luz de las esferas del salpicadero.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está Kurtz?

—Está enfermo, señor. Me han asignado a usted temporalmente.

—¿Y cómo se llama?

—Sturmmann Schlemminger, señor.

—Schlemminger, ¿eh? —Remer se fijó en la constitución robusta del hombre y la pulcra disposición de la cincha y el cordón bajo la gorra—. Está bien, vamos a mi piso en... —dudó.

—Kurtz me ha dado su dirección, señor. Hangelstrasse, en Pankow. Conozco el camino hasta a oscuras.

—Muy bien. —Remer se subió junto a Kitty. Un momento más tarde el coche se alejó, dirigiéndose hacia el norte, a Pankow.

Remer murmuró al oído de Kitty:

—No estoy seguro de que sea quien dice ser.

—¿Y por qué no iba a serlo?

—Kurtz no se ha tomado ni una noche libre desde que empezó como chófer.

Se inclinó hacia delante para hablarle al conductor:

—¿Quién le ha ordenado que ocupe el lugar de Kurtz? Schlemminger mantuvo la mirada fija en la carretera que quedaba por delante del Daimler, apenas visible.

—La orden venía de lo más alto, señor. Yo trabajo como mensajero en el ministerio. Simplemente estaba por allí cuando llamó Kurtz para decir que estaba enfermo.

—¿Cómo que llamó? No tiene teléfono.

—No, señor. Usó el que hay en el apartamento del guardián de bloque.

—Ya... ¿Y quién le dio la orden de sustituir a Kurtz?

—Schlacter, señor.

Remer recordaba vagamente el nombre e hizo una mueca un instante más tarde. Un hombre cetrino, calvo, que había sido profesor hasta que Goebbels le dio un trabajo en el ministerio. Se arrellanó en el asiento junto a Kitty, más tranquilo. Ella le cogió la mano, la apretó ligeramente y le dirigió una mirada interrogativa.

—No pasa nada. Además... —Dio unas palmaditas en el bulto de su abrigo, donde llevaba la porra de cuero, una reliquia de sus días como alborotador callejero del partido.

El Daimler fue avanzando por las calles oscuras, bajo un cielo sin luna. Sólo las estrellas más brillantes conseguían mostrar su resplandor a través de la fina neblina que se cernía sobre Berlín. Unos cinco minutos después de dejar el club, a medio camino de su apartamento, por lo que podía calcular Remer, el vehículo aminoró la marcha y el conductor murmuró algo para sí en tono irritado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Remer.

—Parece un desvío, señor. —Schlemminger señaló hacia una figura en la calle, apenas visible bajo la luz estrecha de los faros.

Llevaba el abrigo y el sombrero de la policía uniformada, la Orpo. Agitó su linterna y les señaló una estrecha calle

hacia la derecha. El conductor hizo girar el volante e introdujo el Daimler en la calle. A ambos lados se alzaban las siluetas oscuras de almacenes industriales y casas de pisos. Entonces los faros iluminaron un fragmento de pared sucio al final de la calle.

Remer se inclinó hacia delante.

—¿Qué demonios es esto? ¡Hijos de puta! ¡Kitty, agáchate!

El coche se detuvo abruptamente. Detrás de ellos, el policía se acercó a la parte trasera del coche. Todo estaba silencioso en la calle principal, y luego se vieron una serie de relámpagos luminosos apagados en la calle. Retumbaron unos disparos, haciendo eco en las paredes a ambos lados. Se oyeron también pasos apresurados, que se fueron apagando en la distancia, al mismo tiempo que una mujer lanzaba un grito de dolor y chillaba pidiendo ayuda.